

NUNCA HE COMPRENDIDO CÓMO un expositor que está inmerso en un pasaje bíblico puede predicar un sermón aburrido, pero soy consciente de que muchos lo hacen; tantos, de hecho, que la predicación expositiva ha adquirido mala reputación en determinados círculos. No es de extrañar. La predicación seca, carente de pasión, y el vocabulario técnico y confuso han arruinado incontables sermones expositivos. No tiene por qué ser así. En realidad, como señala Byron Yawn con tanta convicción en este libro, la predicación expositiva correcta nunca debería ser seca o meramente académica. La tarea del expositor fiel conlleva mucho más que una exégesis sólida y bosquejos simétricos. La presentación del sermón es crucial. Centrándose sobre todo en cualidades como la claridad, la sencillez y la pasión, Byron toca todas las notas correctas. Todo predicador que quiera ser un expositor eficaz debería leer este libro y tomárselo en serio.

—DR. JOHN MACARTHUR
Pastor-maestro, Grace Community Church
Presidente de The Master's College and Seminary

EN NUESTRA ÉPOCA DE PREDICADORES-ESTRELLA, los predicadores de a pie pueden empezar a pensar que el estilo es lo que determina, en última instancia, si la predicación es buena o no. Byron Yawn nos ofrece un correctivo necesario y útil, demostrando que no es eso lo que hace grande la predicación, sino tres cualidades: la claridad, la sencillez y la pasión. Los predicadores a los que entrevista figuran entre los mejores de nuestros tiempos, sin duda. Pero lo que les hace grandes como predicadores son estas tres cualidades que debería tener todo buen sermón, que pueden tener el suyo y el mío. Los predicadores con experiencia, además de los que acaban de empezar, se beneficiarán grandemente de clarificar qué es lo más importante de nuestra predicación, y *Clavos bien clavados* contribuirá mucho a encaminarnos en la dirección correcta.

—DR. BRUCE A. WARE
Profesor de Teología cristiana
The Southern Baptist Theological Seminary
Louisville, KY

AQUÍ TENEMOS UNA LECTURA OBLIGATORIA para todo predicador que intente encontrar su propia voz individual y desarrollar su propio estilo en el púlpito. Cada predicador es un instrumento único, a quien Dios ha dado unos dones concretos para proclamar su gloria. Este libro le ayudará a ser ese predicador.

—DR. STEVEN LAWSON
Pastor principal, Christ Fellowship Baptist Church
Mobile, AL

MEDIANTE LA ENTREVISTA A TRES de los predicadores más notables de Estados Unidos del siglo XXI, cada uno en su área más destacada (el Dr. John MacArthur sobre la claridad, el Dr. R. C. Sproul sobre la sencillez, y el Dr. John Piper sobre la sinceridad), este libro fascinante es un tónico y una ayuda para todo predicador que, ungido por el Espíritu, quiera trascender la mediocridad del seminario para hallar la liberación en la exégesis, la libertad en el púlpito y, sobre todo, el descubrimiento de su propia voz para exponer fielmente la Palabra de Dios en todo momento. Si usted desea incrementar su autenticidad en el púlpito, y su libertad para dejar de imitar a los demás en la predicación, lea este libro apasionante, lentamente y con oración. No lo lamentará.

—DR. JOEL R. BEEKE
*Presidente del Puritan Reformed Theological Seminary
Grand Rapids, MI*

¡QUÉ REFRESCANTE Y ESTUPENDO resulta leer este reto de Byron, dirigido a pastores, maestros y predicadores, invitándoles a “encontrar su propia voz” y a proclamar eficazmente el evangelio y las verdades de la Palabra de Dios! Su énfasis sobre la claridad, la sencillez y la pasión es muy pertinente. Pero no es un libro sólo para profesionales. Va destinado tanto a los líderes de iglesia como a los laicos... a todos nosotros, seguidores de Cristo. Dios nos pide que siempre estemos preparados para explicar la razón de la esperanza que tenemos en nosotros. Y hoy día, más que nunca, necesitamos a hombres, mujeres y jóvenes que vuelvan a reclamar su responsabilidad de conocer las Escrituras, entender lo que dice Dios, encontrar también su “voz” y hablar con inteligencia, precisión bíblica y relevancia cultural, a nuestros amigos y vecinos, y también en la plaza pública.

—BILL ANDERSON
Mentor ejecutivo y consultor para directivos

LAS SORPRESAS PREDECIBLES no deberían sorprendernos, pero lo hacen. Eso es lo que pasó cuando Byron Yawn se unió a miles de compañeros de predicación que sentían que su pozo se había secado, y necesitaban descubrir por qué. La investigación se centra, pues, en cómo hacer una exégesis de las Escrituras, cómo predicar, cómo hallar ilustraciones, cómo hacer casi de todo, para descubrir que, a fin de cuentas, la excelencia de la predicación se debe al predicador. La excelencia es un asunto intrínseco, más que un proceso. Este es un libro estupendo, no solo para los predicadores que quieren alcanzar la excelencia en sus mensajes, sino también para todos los oyentes que quieren alcanzarla como receptores. Esto no incluye a todos, ¿no?

—DR. V. GILBERT BEERS, PHD, THD
*Ex editor de Christianity Today
Autor de más de 150 libros*

Clavos bien clavados

*Predique con claridad,
sencillez y pasión*



BYRON FORREST YAWN

con la participación de
John MacArthur, R.C. Sproul y John Piper

P
PORTAVOZ

La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Well-Driven Nails* © 2010 por Byron Forrest Yawn y publicado por Embassador International, Emerald House, 247 Wade Hampton Blvd., Greenville, SC 29609. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Clavos bien clavados* © 2012 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visitenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1949-2 (rústica)

ISBN 978-0-8254-0380-4 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-8484-1 (epub)

1 2 3 4 5 / 16 15 14 13 12

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

PARA MI ESPOSA ROBIN
La única mujer a la que he amado.

El Predicador, además de ser sabio, enseñó también sabiduría al pueblo; y ponderó, investigó y compuso muchos proverbios. El Predicador trató de encontrar palabras agradables, y de escribir correctamente palabras de verdad. Las palabras de los sabios son como agujones, y como *clavos bien clavados* las de los maestros de colecciones, dadas por un Pastor.

ECLESIASTÉS 12:9-11
(La Biblia de las Américas)

Contenido

INTRODUCCIÓN	
<i>Una explicación: Mi punto de partida</i>	9
CAPÍTULO 1	
<i>La autenticidad y la libertad de encontrar su propia voz</i>	19
CAPÍTULO 2	
<i>La claridad y el poder del “¡ajá!”</i>	45
JOHN MACARTHUR	
<i>El expositor intelectual más extraordinario que conozco</i>	53
CAPÍTULO 3	
<i>La sencillez y el efecto deslumbrante de Dios</i>	67
R. C. SPROUL	
<i>Un hombre versado en latín y lenguas comunes</i>	81
CAPÍTULO 4	
<i>La pasión y el soso guiando al soso</i>	99
JOHN PIPER	
<i>Un compromiso singular con “ambas cosas”</i>	107
CONCLUSIÓN	121
BIBLIOGRAFÍA	123



Una explicación: Mi punto de partida

Hay un dicho que afirma: “Si el ministerio no funciona, siga estudiando”. En mi caso, el ministerio funcionaba bien. Mi problema era predicar eficazmente. Después de tener una experiencia de diez años como predicador expositivo, me encontré atascado. Era una situación tan difícil de explicar como de salir de ella. Para aclarar un tanto las cosas y pulir mi capacidad como expositor, me apunté a un programa de Doctorado en el Ministerio que se centraba en la *predicación expositiva*. Me dispuse a enfrentarme a lo que pronto descubrí que era una lucha frecuente entre muchos expositores bíblicos: la *presentación*.

Muchos de mis compañeros compartían conmigo la misma frustración: nuestra predicación carecía de una auténtica dinámica. En mayor o menor grado, todos necesitábamos insuflar algo de vida a nuestra predicación. Ese era el motivo de que la mayoría decidiera seguir con sus estudios. Fue un consuelo conocer a otros que, situados en la misma etapa de su ministerio, tenían la misma necesidad: llegar a los oyentes por medio de su predicación y su exposición. Fue una sesión de dos años basada en la idea “no, no estás loco”. Fue un grupo de apoyo para predicadores. “Hola, me llamo Byron y soy aburrido”.

Y allí estábamos, recordándonos la gloria de la predicación, resucitando nuestras capacidades lingüísticas e intentando, desesperados, rejuvenecer nuestra forma de decir las cosas. El elefante siempre estaba en la sala, y era difícil ignorarlo.

¿Por qué las personas comprometidas con la exégesis bíblica y la predicación expositiva bregan con la expresión? ¿Es necesario que la predicación expositiva sea predeciblemente mecánica, cerebral y

aburrida? ¿Cómo superamos ese obstáculo sin poner en peligro la autoridad bíblica, subirnos al tren de la última moda o parecer asesores personales santificados? ¿Dónde está el equilibrio entre la exégesis y la transmisión? Aquel era el *nudo gordiano* que la mayoría quería deshacer. Incluso los profesores admitían el reto que supone enseñar eficazmente la relación entre la erudición y la dinámica. Personalmente, yo luchaba por pasar de lo que llamaría *enseñanza expositiva* a la *predicación expositiva*. Se convirtió en una búsqueda personal.

La idea de entrevistar a predicadores se me ocurrió cuando ya estaba bien avanzado el segundo año del programa, durante una clase concreta. El orador del seminario de dos días sobre narrativas, que era profesor adjunto, era un pastor y escritor conocido de la zona, que tenía casi veinticinco años de experiencia como predicador.¹ El primer día fue avanzando por su materia como si fuera una máquina. La información era útil; incluso recuerdo parte de ella. El segundo día fui testigo de la mejor exposición de todo el programa bianual. Dejó a un lado sus apuntes y habló con nosotros cara a cara. Contestó una pregunta tras otra. Sus respuestas combinaban la autoridad bíblica con la sabiduría práctica. No fue una clase teórica, sino práctica.

Entonces es cuando se me ocurrió: *¿Qué pasaría si pudiera sentarme junto a los predicadores que más admiro y hacer lo mismo? Esos predicadores que parecen haber hallado el equilibrio en su propia predicación. ¿Y si pudiera localizar esas cualidades en las áreas en las que más necesito mejorar, reunir a los expositores que mejor las ejemplifican y plantearles mis dudas?*

Y eso es lo que hice.

Elegí tres áreas concretas que sabía que figuraban en el meollo del problema: *claridad*, *sencillez* y *pasión*. Luego busqué a los hombres que mejor representasen estas cualidades particulares. Durante la fase de investigación del proyecto, interactué con una amplia selección de predicadores procedentes de todo tipo de contextos. De iglesias grandes y pequeñas. Con amplia experiencia y con poca. A la hora de escribir este libro, me centré en tres predicadores concretos y muy conocidos, alrededor de los cuales aglomeré los argumentos básicos: John MacArthur por la *claridad*, R. C. Sproul por la *sencillez* y John Piper por la *pasión*.

Al comenzar, sabía que la solución para mi problema no era un simple ajuste de los aspectos prácticos. No me interesaba abordar

1. Michael Fabarez, *Preaching That Changes Lives* (Nashville: Thomas Nelson, 2002).

aquellas facetas de la predicación que estaban al alcance de todos en la mayoría de libros de homilética. Lo que buscaba no figuraba en un manual ni en un curso sobre el tema. El reto era mucho más profundo que un mero índice de contenido. Además, no tenía intención de que mi predicación se rindiera a todas esas peroratas sobre la “importancia” y la aplicación inmediata, porque discrepo totalmente de ese punto de vista. No necesitaba mejorar la presentación de PowerPoint o los gráficos. No pretendía bajar el nivel de mi predicación: quería elevar a Dios en las mentes de las personas por medio de ella.

¿Qué pasaría si pudiera sentarme junto a los predicadores que más admiro... esos predicadores que parecen haber hallado el equilibrio en su propia predicación?

Cuando queremos mejorar nuestra predicación, tendemos a centrarnos en la mecánica. Esto raras veces resulta útil. Desde luego, no llega lo bastante lejos. Hay diversas técnicas que pueden mejorar nuestras rarezas expresivas, pero no generarán la dinámica sincera que deseamos la mayoría. El número de cosas que otros pueden decirnos que *no* hagamos es limitado. Los factores que mejoran realmente la predicación tienen poco que ver con la mecánica. Están conectados con el corazón, el alma y la mente del predicador.

Algunos de nuestros predicadores favoritos tienen una mecánica muy pobre, según los estándares de los manuales. A menudo los predicadores más atrayentes son quienes más rarezas mecánicas presentan. Sin embargo, esas rarezas tienen sentido. Su forma de predicar es más bien una manifestación de quiénes son como individuos y seguidores de Cristo. Somos testigos del impacto que tiene sobre sus vidas el descubrimiento sincero. Esta es la idea contenida en el meollo de este libro. Fundamentalmente, la forma de predicar no es tan importante, mientras diga lo que tiene que decir (y sea bíblico).

Para las personas interesadas, la lógica que rodea las tres características (*claridad, sencillez y pasión*) se parece un poco a *Karate Kid*: “¡Dar cera, pulir cera!”. He optado por centrarme en las cosas que preceden a las técnicas y subyacen en ellas. Como en todo lo que hacemos, las cosas que realmente agradan a Dios empiezan con la sinceridad en el hombre interior. La claridad, la sencillez y la pasión son cualidades intrínsecas, no mecánicas. Si se concentra en las realidades internas, su forma de predicar mejorará de forma natural. Y más concretamente, liberará su discurso.

La *claridad* (y no el ensayo y la estructura) es el punto de partida para una predicación dinámica. Un entendimiento y una claridad del texto iluminadas por el Espíritu liberan su predicación, permitiendo que dependa de la convicción, no de la estructura. La estructura, que es esencial, es consecuencia de la claridad, a la que sirve. El mejor ejemplo de esto es el Dr. John F. MacArthur.

La claridad conduce a la *sencillez*. Entender un texto o un concepto bíblico en un grado íntimo nos confiere la oportunidad de exponer conceptos difíciles a una amplia gama de intelectos, y de aplicarlos a contextos ilimitados. Pero la profundidad del entendimiento sólo resulta útil si somos capaces de explicar las cosas de una forma sencilla y comprensible universalmente. Esta es precisamente la faceta en la que tiene problemas la mayoría de expositores. Nos cuesta hacernos entender. La precisión con la que entiende usted algo se mide por su capacidad de transmitirla a otros. Todo radica en la simplificación. Lo que necesitamos es “comprensibilidad”. El mejor ejemplo de este principio es el Dr. R. C. Sproul.

Por último, llegamos a la *pasión*, una cualidad bastante esquivada para los expositores. A la mayoría nos cuesta hacer la transición entre la erudición necesaria para comprender una verdad y la disposición que actúa según esa verdad. Cuando describimos nuestro objetivo como predicadores, el verbo “sentir” no nos hace sentir cómodos. Pero no debemos permitir que las diversas maneras en que se ha abusado de este término nos disuadan de la importancia que tiene la pasión. Más bien, debemos recuperarla de aquellos que la han convertido en algo risible. La pasión, que aquí definimos, es la manifestación de una convicción sincera mediante la expresión transparente del predicador en el acto de la predicación. El Dr. John Piper era la elección lógica en este campo.

Aquí lo tiene, resumido. La *claridad*, que intensifica el impacto de la verdad en nuestras mentes y en nuestros corazones, lleva a la *sencillez*. La *sencillez* genera una consciencia global de la verdad, que da como resultado una *pasión* genuina. La *pasión* nos permite comunicar la verdad con un impacto imbuido de la autoridad de la Biblia. De forma natural, un predicador pasa de un aspecto al siguiente, de la claridad a la sencillez y a la pasión. Aquí tenemos una secuencia concreta; una no puede preceder a la otra o existir sin ella. No puedo estar dotado de una pasión sincera a menos que exista una profundidad de entendimiento. Esta profundidad es fruto de la claridad. La claridad es consecuencia del trabajo duro y de la gracia de Dios.

En última instancia, todo esto apunta a una realidad sustancial. El gran secreto tras los expositores más dinámicos y admirables que conocemos es evidente: *No hay ningún gran secreto*. Todo se reduce a lo que siempre debe ser: una devoción simple e incontaminada a nuestro Dios glorioso, un amor sincero por el Hijo eterno y una dependencia constante del Espíritu Santo para que haga lo que solo Él puede hacer.

Los supuestos: Algunos objetivos más amplios de este libro

Además de verificar mi argumento central, me fijé otros objetivos. Quería poner a prueba las hipótesis generales sobre la predicación expositiva que había desarrollado a lo largo de todo mi ministerio. Quería confrontarlas con algunas de las opiniones más respetadas sobre el tema. Muchos de esos supuestos se habían convertido en obstáculos muy arraigados en mi exposición y mi presentación. Reevalué mis convicciones esenciales sobre la relación entre la predicación expositiva y la presentación. Era aquí donde me enfrentaba al elefante.

Me sorprendió descubrir que muchos predicadores a los que admiro discrepaban de las presuposiciones básicas sobre las que me basaba, o les quitaban importancia. Al final, lo que yo pensaba que era cierto y que asumían ampliamente los mejores expositores, no contaba con su apoyo. Esta experiencia particular transformó mi vida.

También me sorprendió descubrir cómo a muchos de esos mismos hombres les frustraban los estereotipos omnipresentes sobre la predicación expositiva. La mayor parte de ellos cree que la predicación expositiva está mal representada por unos practicantes bien intencionados pero con falta de equilibrio. Casi todos aquellos con los que interactué se resistían de una u otra manera a determinada etiqueta.

En algún punto del camino me di cuenta también de que mi lucha formaba parte de una tendencia más amplia. Yo formaba parte de un proceso simultáneo mediante el cual mi generación de expositores volvía a dedicarse a la predicación expositiva y a examinarla. A pesar de que rechazaban los extremos de las metodologías de los buscadores pragmáticos, las tendencias emergentes del evangelio social reciclado y los restos rencorosos del fundamentalismo endurecido, existía la necesidad de encontrar puntos de referencia dentro del contexto “post-todo” en el que nos tocaba predicar.² El propósito mayor

2. Kevin De Young y Ted Kluck, *Why We're Not Emergent: By Two Guys Who Should Be* (Chicago: Moody, 2008); David W. Henderson, *Culture Shift: Communicating God's Truth to Our Changing World* (Grand Rapids: Baker, 1998).

era el mismo. La condición humana era la misma, como también lo era el mensaje. Pero habían cambiado muchas variables entre nuestra proclamación de la verdad y el primer banco. Era el mismo enemigo de siempre, pero con armamento nuevo. Cada generación de expositores se ve obligada a enfrentarse con cuestiones nuevas relativas a su entorno. La verdad es que hay muchísimos predicadores que se formulan las mismas preguntas.

Los requisitos: Cómo abordar este libro

Mi objetivo en esta obra no es reconquistar un terreno que ya dominamos. Es decir, que doy por hecho determinadas convicciones teológicas y metodológicas. Mis lectores son hombres que viven y respiran los axiomas bíblicos que defienden. Estas verdades nos unen. Formamos parte de una fraternidad específica. No “predico sobre la necesidad de predicar”. Escribo *para* expositores acerca de las cuestiones prácticas de la predicación. Pretendo que nos alejemos del borde del oscurantismo académico.

Aparte, tampoco escribo para convencer a otros de la prioridad de la exposición. Ya hay numerosas obras sobre este tema. Mi debate es intramuros. Como resultado, dedico muy poco tiempo a defender la autoridad de la Palabra de Dios o el mérito de la predicación expositiva comparada con otro modelo. Asumo ambas cosas. No ofrezco una definición amplia de lo que constituye la predicación expositiva. Presento una definición breve y luego doy por hecho que todos sabemos lo que eso implica.

Además, tampoco me esfuerzo por ofrecer un respaldo bíblico o teológico para cualquier sugerencia o exhortación que propongo para introducir algún reajuste práctico o filosófico. En este sentido, esto no es una *exposición* sobre la *exposición*. Por ejemplo, si sugiero que “el verdadero poder de la presentación radica en la pasión”, no pretendo que esta afirmación sea exclusivista. Está claro que el verdadero poder procede del Espíritu Santo. Solo quiero subrayar la importancia que tiene este elemento concreto de la presentación. El lector tendrá que concederme el beneficio de la duda en diversos puntos. Sin embargo, para tranquilizarle, le ofrezco la siguiente cita de un capítulo posterior:

Nosotros (yo) creemos que la Biblia tiene un origen divino. Como creemos (creo) esto, por consiguiente también creemos (creo) que la Biblia es cierta, literal, infalible y carente de error. También creemos (creo)

que debería exponerse con precisión. Además, creemos (creo) que solo el poder del Espíritu Santo puede traducirla y transformar vidas por medio de ella. Aparte de esto, creemos (creo) firmemente que tenemos la responsabilidad de exponerla sin distorsionarla.

También asumo que la mayor parte de expositores tienen problemas con la presentación. Por consiguiente, tengo tendencia a generalizar. Mis generalizaciones se basan en una combinación de experiencia personal, investigación, observación y periodismo. Lo que presento como un “defecto” de nuestra presentación es algo así como un pequeño secreto desagradable dentro de nuestra fraternidad. Si usted es la excepción, le ruego que acepte mis disculpas. Pero prácticamente todos los predicadores con los que hablé (oficialmente o no) admitieron enseguida ese aspecto aburrido que caracteriza a menudo a la exposición. Eso les frustra. Además, todos admitieron rápidamente la afirmación de que, en términos generales, los expositores son menos dinámicos que otros predicadores, y tienen más problemas en el área de la presentación.

Hay algunas expresiones que uso, tales como “tranquilizantes humanos”, “comentarios interminables” y “profetas furiosos”, que he tomado prestadas de mis conversaciones con sus predicadores favoritos. Si le ofende alguna de mis caracterizaciones, es probable que se deba a que dio en el blanco al que apuntaba. Pero, al mismo tiempo, no pretendo condenar a la mayoría de los expositores tachándolos de malos oradores. Por el contrario, creo que la mayoría *son* expositores magníficos que necesitan librarse de algunas hipótesis erróneas sobre la predicación bíblica.

La exhortación: El objetivo de este libro

Los tres metros entre el primer banco de la iglesia y el púlpito son los más importantes que recorre el predicador en toda la semana. A un observador le cuesta apreciar la extraña combinación de agonía y de deleite que unen sus fuerzas para posibilitar ese recorrido. El sermón rutinario no existe. Para cualquier expositor fiel, la distancia está empedrada de sangre, sudor y lágrimas. Ese puñado de folios que aguardan en la parte trasera de nuestras Biblias lo son todo. Cada semana subimos al púlpito con la esperanza de que al menos una parte de nuestro encuentro transformador con la Palabra de Dios llegue a otros. Es una expectativa que nos llena el alma.

Todo predicador conoce la decepción de las expectativas que no se han satisfecho. Todos hemos bajado del púlpito tras haber predicado “un ladrillo”. Los tres metros de la ida se convierten en cincuenta. El recorrido hasta nuestro banco se vuelve infinito. Algunos de nuestros sermones son mejores de lo que pensamos. Pero también... hay otros que son peores. Da lo mismo lo mucho que hayan sufrido nuestras amables víctimas: nadie padece más que el predicador. El sufrimiento no solo se debe a una mala exposición, sino a lo que esta constituyó: fue un obstáculo entre Dios y su pueblo.

Tenemos tesoros en la punta de la lengua, y no logramos expresarlos. Sabemos lo que queremos decir, pero no encontramos las palabras cuando más las necesitamos. A veces lo conseguimos, y todo se hilvana; esos momentos son sublimes. Lamentablemente, también son escasos. Pero, ¿tiene que ser así? ¿Es posible la coherencia? ¿Podemos tener la esperanza de comunicar los descubrimientos de nuestro estudio sin que pierdan el impacto que deben tener? Creo que sí. De hecho, he visto cómo otros lo hacen. Llevo toda mi vida cristiana escuchando a predicadores cuyo legado es la transmisión constante de sermones poderosos. Esta fiabilidad es admirable. También nos plantea preguntas significativas. ¿Cómo lo han hecho? ¿Es meramente un don? (Sí y no). ¿Se puede aprender? (Sí y no). ¿Cómo encontraron su voz? Y lo más importante, ¿puede imitarse su constancia? ¿Qué les convierte en predicadores poderosos? Tuve la increíble suerte de sentarme, cara a cara, frente a algunos expositores tremendamente dotados y humildes. Les dejé que hablasen por ellos mismos, les exprimí para encontrar cualquier pepita de sabiduría. El mío fue un gozo egoísta.

La ambición: La esperanza de este libro

Mi objetivo es inspirar. Quiero inspirar a los expositores a dar un paso al frente y despertar a la Iglesia adormecida, haciendo que ellos mismos y su exégesis ardan tras el púlpito. Pretendo enfocar el momento de la predicación y su presentación como una oportunidad gloriosa y recurrente para exaltar a Cristo por medio de la “necedad” de la proclamación basada en la Biblia. Quiero inspirar a los expositores a ser necios osados y obreros de Cristo que predicán con una ceguera envidiable que la mayoría jamás experimentará a lo largo de toda su vida; una ceguera frente a los “rostros volubles” de las personas.

Este libro pretende ser una obra “de fácil lectura”, no un volumen exhaustivo sobre la predicación. Lejos de ello; sería mejor que lo empe-

zase un lunes con la mirada puesta en el domingo. Requerirá poco tiempo para trabajarlo. Es probable que lo deje a mitad de camino para aplicar algunas de las cosas que nos sugieren esos hombres con talento. Eso sería incluso mejor. De hecho, es perfecto. Todos los hombres a los que entrevisté se sintieron renovados por nuestra conversación, y entusiasmados por predicar. Si acaba este libro sintiéndose emocionado por el privilegio de predicar, habré alcanzado mi objetivo. Ruego a Dios que también sea una bendición para usted. Le ruego que encuentre una nueva pasión para conquistar esos tres metros el domingo que viene. Oro a Dios pidiendo unos “clavos bien clavados”.

¡Adelante!



Capítulo 1

La autenticidad y la libertad de encontrar su propia voz

Como usted sabe, en mi calidad de hombre de negocios, he estado en Clubes Rotarios durante casi cuarenta años, y cada mes tenemos una reunión y alguien pronuncia un discurso de uno u otro tipo. Cuando llego a mi casa, le cuento a mi esposa de qué fue la charla y cómo expresó sus ideas el orador. Pocas veces puedo hacer lo mismo con un sermón. Creo que deberíamos cerrar los seminarios teológicos y enviar a nuestros candidatos a Rotary International.³

Muerte por PowerPoint

Para muchos, la perspectiva de escuchar una predicación expositiva (bíblica) equivale a estar en una reunión de negocios con una de esas horribles presentaciones de PowerPoint, con transiciones incluidas, donde las diapositivas se leen línea tras línea. Es un efecto conocido como “muerte por PowerPoint”. Durante el curso de una hora (si tenemos suerte) se nos presentan datos, pero nadie los recuerda ni se acuerda por qué vale la pena recordarlos. La predicación expositiva tiene mala reputación entre muchos, que la consideran aburrida e irrelevante. Como defensa ofrecemos alternativas descriptivas más eufemísticas, usando adjetivos como “seria” o “bíblica”. Pero ese

3. David T. Gordon, *Why Johnny Can't Preach: The Media Have Shaped the Messages* (Philipsburg, New Jersey: P&R, 2009), p. 21.

estereotipo encierra algo de verdad. Quienes más alabamos la predicación expositiva no le hemos hecho ningún favor cuando hemos confirmado la sospecha mediante exposiciones carentes de todo lustre. Obviamente, no es cierto en todos los casos, pero los practicantes de este arte “hablan” a menudo sin tener “nada que decir”. Como decía un expositor muy conocido: “La exégesis exhaustiva y la organización clara son esenciales para un mensaje eficaz. Pero un buen sermón mal predicado no es mejor que un mal sermón bien predicado”.⁴

Mientras visitaba a una buena amiga (ávida oyente de sermones y creyente de mente sobria) surgió el tema de la exposición. Apareció en la conversación como fruto de la frustración. “Prefiero la predicación temática antes que la expositiva. Es más aplicable a mi vida”. Su crítica es bastante habitual. También se encuentra en el meollo de mi frustración. De entrada, el contraste que se establece respecto a la predicación temática demuestra una mala interpretación fundamental de lo que constituye la predicación expositiva. Aunque normalmente tiene (y debe tener) una naturaleza consecutiva, no excluye exposiciones tópicas o temáticas. Solo significa que los temas se fundamentan en la exégesis firme de los pasajes dentro de su contexto originario, y no en las meditaciones de algún pastor que selecciona los pasajes al azar.

Esta generalización ya fue bastante molesta, pero mi amiga completó el estereotipo dejando caer la palabrita *aplicación*. ¿Cuántas veces hemos oído esto? “La predicación expositiva carece de importancia y de aplicación”. ¡Por el contrario, la predicación expositiva es la metodología más *aplicable* de todas! Al menos, debería serlo. (Es una idea que enfatizaré más adelante).

Todo esto es lo que me rondaba por la cabeza cuando formulé una respuesta a la crítica generalizada de mi amiga. En lugar de aplastarla con una diatriba (o perder una amistad), dije simplemente: “Está claro que nunca has escuchado una predicación expositiva. Al menos, tal como debe ser”. Tristemente, son pocos los que la han escuchado.

No pretendo atacar el método en sí. De paso puedo afirmar que creo que la exposición es la única forma legítima de predicación. Rechazo de plano las críticas modernas contra la predicación

4. John MacArthur Jr. et al., *Rediscovering Expository Preaching: Balancing the Science and Art of Biblical Exposition* (Dallas: Word, 1992), p. 321.

tradicional.⁵ Explicar la Biblia es predicar. La exposición, por definición, significa “explicar” o “manifestar”. Incluye tanto el proceso de desvelar el significado correcto de la Biblia en su contexto originario como la responsabilidad de exponer ese significado al pueblo de Dios, que vive en un contexto distinto. Este es precisamente el vacío que pretende salvar la exposición.⁶ Cuando el predicador acaba el mensaje, el pueblo de Dios entiende mejor lo que Él ha dicho en su Palabra.

Esta es la característica que distingue a la predicación expositiva. Lleva consigo ciertas consecuencias. Es posible que los sermones no sean expositivos o bíblicos por el mero hecho de que en ellos se haga referencia a la Biblia. De la misma manera que estar dentro de un garaje no convierte a nadie en coche, estar tras el púlpito con la Biblia en la mano no hace de nadie un expositor. Hay muchos miembros de iglesias que escuchan un mensaje “religioso” y asumen que su pastor es bíblico. El mero hecho de que suene a predicación “tradicional” no significa que sea bíblica. La predicación bíblica tiene una resonancia distintiva. Cuando la escuchamos, la percibimos.

Montones de ladrillos y maderos por doquier

Mis clases de homilética estaban incluidas en mi último año en el seminario. En ellas aprendí innumerables cosas útiles sobre la predicación. En muchos sentidos, fue un tiempo bien invertido. Pero también he pasado algún tiempo (dos décadas) desaprendiendo algunos hábitos nocivos, que demostraron ser un obstáculo para mi actitud frente a la exposición.

El punto focal de mi homilética radicaba en extraer mis sermones y su estructura de la exégesis bíblica. Así es como debería ser. Mi educación, por la que estaré siempre agradecido, consiguió que pudiera desenvolverme bien en los idiomas bíblicos. Ahora entiendo sus matices y logro reconocer y analizar la mayoría de cuestiones interpretativas. Cada semana parto de una Biblia en griego (o hebreo). Además, puedo interactuar con comentarios escritos por hombres que saben de verdad lo que hacen. Estoy bien equipado para ello.

Sin embargo, hay una parte de mí que ha luchado por sobreponerse al desequilibrio resultante (y no intencionado). Lamentablemente,

5. Doug Pagitt, *Preaching Re-imagined: The Role of the Sermon in Communities of Faith* (Grand Rapids: Zondervan, 2005).

6. Roy B. Zuck, *Basic Bible Interpretation: A Practical Guide to Discovering Biblical Truth* (Colorado Springs: Victor, 1991), p. 16.

consideré cualquier instrucción sobre la presentación del sermón como secundaria al énfasis primario de la hermenéutica y la exégesis. No logré integrarla en mi pensamiento como una extensión de la exégesis. Como resultado de ello, al salir del seminario tuve problemas para tomar toda esa cantidad formidable de información que proporciona la exégesis y exponerla de una forma impactante. Al marginalizar la presentación no le hice ningún favor a mi exégesis.

Los sermones que desarrollé (y que luego seguí desarrollando durante un tiempo) eran, básicamente, muy sucintos, con una estructura razonable y, de vez en cuando, algún aluvión informativo interesante. ¿Mi hipótesis operativa? Técnico = bíblico. Sin duda, mi homilética fue una salvaguarda contra los abusos pragmáticos de movimiento *seeker* (que intenta resultar más atractiva para los inconversos), pero poco más. Cualquier consideración sobre cómo había que exponer un concepto, o cualquier enfoque creativo a la exposición, eran dignos de sospecha. Yo extraía mis estructuras de la exégesis, pero la exposición del sermón era una tortura (también para mis oyentes). En última instancia, mis sermones (y, dicho sea de paso, mi estudio) quedaban permanentemente inconclusos. Como decía Broadus: “Un montón de ladrillos y de maderos, y varias pilas de arena, no son una casa, como tampoco el apilamiento de pensamientos constituye un discurso”.⁷

Yo tenía “un montón de ladrillos y de maderos”. Había reunido los hechos, pero no tenía idea de cómo procesarlos y exponerlos. Básicamente, no podía acabar. Lo que era más importante, no lograba salvar el abismo entre mi estudio y los corazones de mi gente, un asunto que se encuentra en el meollo del método expositivo.

Nada puede ser más frustrante y desalentador para el intérprete que estar ante un público y ver cómo un mensaje se viene abajo, carente de vida, después de que el intérprete haya cumplido con todos los requisitos de la gramática investigadora, la sintaxis, la estructura literaria y la historia de un texto determinado. Después de que el exegeta haya invertido todas esas horas traduciendo penosamente el texto, analizando gramaticalmente los verbos, investigando los trasfondos históricos y rastreando las relaciones sintácticas, se siente traicionado cuando todo

7. John A. Broadus, *On the Preparation and Delivery of Sermons*, 4ª ed., revisada por Vernon Stanfield (Nueva York: Harper Collins, 1979), p. 225.

*ese trabajo no consigue transmitir un mensaje creíble que hable a los hombres y a las mujeres modernos.*⁸

Yo me comprometí a estudiar entre quince y veinte horas semanales, pero dedicaba muy poco de ese tiempo a pensar “cómo decirlo”. En lugar de predicar, lo que acabé haciendo sin darme cuenta fue impartir a mi audiencia un Curso Básico de Interpretación Bíblica semanal, usando el púlpito. ¡Era el “Señor de lo Evidente”!

Los laboratorios de predicación, que van destinados a tratar cuestiones sobre la presentación del sermón, se parecen curiosamente al enfoque oncológico. El tratamiento del cáncer es casi tan letal como la enfermedad. De la misma manera, el tratamiento de una mala predicación es casi tan mortal como el problema. Es decir, escuchar. Escuchar malos sermones pone en peligro la supervivencia. Nadie sufre más que los oyentes. Los sermones más letales se encuentran en los seminarios de predicación, que son un aluvión implacable de sermones tremendamente predecibles y espantosos. Es como ver las primeras semanas de la serie *American Idol* cuando nos preguntamos sin cesar: “Pero, ¿quién le ha dicho a esa persona que sabe cantar?”, o “¿Qué pasa, es que no se oye?”. Ver algo así es un sufrimiento.

Mientras padecía esos sermones (incluyendo los míos), me vino a la mente una observación: “Todos suenan igual”. Todos tenían el mismo repicar mecánico del formato “tres de esto” y “cuatro de aquello”. Pero me pregunté algo: *¿De verdad es este el resultado que desea el método gramático histórico?* Parecía algo forzado, impuesto al pasaje y al predicador. Pensé que éramos “clones”, meras copias de lo que suponíamos constituía una predicación expositiva. Esto suscitó preguntas importantes en mi mente: *¿Es esta la única manera de enfocar la predicación bíblica? ¿Es así como debe sonar una exposición?*

Al final, hice un descubrimiento personal importante. No existe una relación directa entre un estilo de predicar concreto y la predicación expositiva. Al menos, nada que pueda defenderse con la Biblia en la mano. En realidad, cualquier método de transmisión es capaz

Es como ver las primeras semanas de la serie American Idol cuando nos preguntamos sin cesar: “Pero, ¿quién le ha dicho a esa persona que sabe cantar?”.

8. Walter C. Kaiser, *Toward an Exegetical Theology: Biblical Exegesis for Preaching and Teaching* (Grand Rapids: Baker, 1981), p. 131.

de oscurecer el sentido del texto, incluyendo uno muy estructurado. Pasa lo mismo que con muchos de los sermones que escuché en aquellos laboratorios. Steve Smith, profesor adjunto de predicación en el Southwestern Seminary, lo explicaba de esta manera:

No creo que el estilo expositivo deba entenderse como la única manera de predicar, porque la exposición no es un estilo por sí misma. Puede parecer que hilamos muy fino, pero piense en ello. Si la persona se refiere a una estructura de sermón estilizada y concreta (es decir, tres o cuatro puntos, una introducción y una conclusión), no podría defender ese estilo estructural como el único posible. Esto no se debe a que yo no tenga en alta consideración las Escrituras; más bien se debe precisamente a que las tengo en demasiada consideración como para tomar la Palabra preciosa de Dios, con los múltiples géneros que Dios inspiró para comunicarse con los hombres, y obligarla a encajar en un bosquejo predeterminado.⁹

Tiene razón. Después de todo, si Pablo quería compartir “Los diez fundamentos de la vida cristiana”, ¿por qué no lo dijo, y punto? Lo que vi me pareció demasiado artificial. ¿Dónde estaba el impacto pretendido del mensaje? ¿Dónde estaban el corazón y el alma del predicador? ¿Dónde estaba la evidencia de una claridad iluminada por el Espíritu en la vida del predicador?

No me opongo a una predicación estructurada. Es inevitable, dado que el pasaje tiene un orden. Además, nuestro pueblo necesita estructura; les ofrece la percha de la que colgar su pensamiento. Aparte de esto, nuestros profesores tenían un motivo para exigirnos cierto tipo de formato. Al ser predicadores jóvenes, necesitábamos “rueditas de aprendizaje”. Pero (y este es el problema) nadie nos explicó jamás cómo desmontarlas.

Superando el bache

Después de años de práctica, hay determinados aspectos de la predicación que me resultan tan difíciles como lo han sido siempre. En cierto sentido, son más difíciles que antes. No son necesariamente los aspectos más mecánicos. El tiempo, la práctica y las herramientas me han permitido acelerar algunos componentes de la elaboración. Lo

9. Steve Smith, *Dying to Preach: Embracing the Cross and the Pulpit* (Grand Rapids: Kregel, 2009), p. 64.

que sigue siendo implacablemente angustioso es el final del proceso. Aún me descubro de rodillas implorando la misericordia de Dios en el mismo punto del proceso, cada semana. Es ese momento en que me aparto de los detalles y me enfrento al lienzo en blanco de mi sermón. Insuflarle corazón es un trabajo arduo. Hablando en términos humanos, lo que hacemos en este punto como expositores es lo que marca la máxima diferencia en nuestra predicación. Es aquí donde se forja el sermón real, donde se manifiesta el predicador genuino. Obviamente, partimos del lenguaje originario, pero siempre es difícil traducirlo al lenguaje cotidiano. Es la parte del proceso donde median la sangre, el sudor y las lágrimas.

Mientras viajaba por el país entrevistando a predicadores, me di cuenta de algo: todos nos encallamos en el mismo punto. A todo predicador bíblico esmerado le pasa igual. Da lo mismo la experiencia o el talento que tenga, todos nos encontramos cada semana con la misma pregunta difícil, que es: “Y esto, ¿cómo lo voy a decir?” Ninguno de los hombres dotados con los que hablé mencionó haber orado para comprender un tiempo verbal. Pero todos han orado por tener la capacidad de demostrar a su iglesia la importancia que tiene ese tiempo verbal.

El proceso de pasar de la exégesis al púlpito y llegar al corazón de nuestros oyentes es agotador. Lo cierto es que, una vez se desmonta el pasaje por medio de la exégesis (analizando a fondo cada uno de sus componentes, convencidos ya de que lo entendemos y sabemos cómo encaja en el contexto más amplio), la preparación acaba de empezar. Como dijo Martyn Lloyd-Jones:

Aunque se haya elaborado el sermón de la manera que hemos indicado, y aunque se haya preparado cuidadosamente, el predicador debe ser libre en el acto de la predicación, en la transmisión del sermón. No debe estar demasiado atado a su preparación, ni por ella. Esta es una idea esencial: forma parte de la esencia de este acto de predicación.¹⁰

Muchos expositores ignoran cómo superar ese bache proverbial que es la exposición. Quizá se deba a que nadie nos ha enseñado jamás a hacerlo. Lo descubrimos por las malas. Otros, paralizados por hipótesis falsas, no quieren ni intentarlo. Hemos heredado la suspicacia

10. D. Martyn Lloyd-Jones, *Preaching and Preachers* (Grand Rapids: Zondervan, 1971), p. 83.

frente a cualquier cosa remotamente distinta; rechazamos todo lo que no encaje dentro de un formato conocido. Tras haber sido testigos de los abusos de los gurúes del crecimiento eclesial, consideramos que cualquier cosa que no sea una estructura particular es un peligro importante.

Por ahí fuera hay mucha predicación “creativa” digna de rechazo. Concretamente, es un tipo de predicación que depende más de la calidad de la iluminación y del *feng shui* cristianizado que de la exégesis. Su mensaje y su aplicación no tienen mucho que ver con los pasajes sobre los que se basa. Es el tipo de material que podríamos encontrar en un seminario de autoayuda en la YMCA. Yo la llamo “teología madre de familia” o “terapia de grupo libre”. No es esto lo que defiendo.

Independientemente de la forma concreta de exposición, estilo o formato, la predicación expositiva siempre será evidente gracias a determinadas características. La predicación expositiva trasciende la exposición. En su esencia siempre figurará una explicación de lo que quiere decir la Biblia, y toda aplicación será resultado de ese significado pretendido. Pero esto no exige un estilo concreto, solo necesita una convicción determinada.

Esa sombra larga y amedrentadora

Cada año se escriben cientos de libros sobre la predicación. La pregunta evidente es: ¿por qué otro más? ¿Qué más se podría decir sobre este tema que no se haya dicho ya? He pensado en esto muchas veces. Soy consciente de que otros hombres con una experiencia mucho más práctica y credenciales de más peso ya han escrito sobre este tema. Las leyendas de la exposición, aquellos a los que muchos quieren escuchar, han reflexionado sobre la predicación. Existen clásicos que proyectan amplias sombras sobre cualquier tratamiento moderno de esta cuestión, incluso sobre los buenos. Además, he optado por escribir en un momento en que la predicación ha perdido el favor de la Iglesia.¹¹ Dicho con franqueza: hay poco interés. También admito que mi conocimiento es limitado. Escribo más desde el punto de vista de un *hacker* que de un profesional. No soy profesor de homilética, de modo que, ¿por qué escucharme?

Si este proyecto se centrara estrictamente en la homilética, ya lo

11. Steve Lawson, *Famine in the Land: A Passionate Call for Expository Preaching* (Chicago: Moody, 2003).

habría abandonado hace mucho tiempo. Pero no habla estrictamente de la predicación, sino del corazón del predicador. Habla de un viaje que debe realizar todo predicador, que concluye con la liberación de la voz del orador. Durante todas mis investigaciones y entrevistas, fue evidente que la mayoría de predicadores realmente eficaces había realizado su propio viaje en determinado momento de su ministerio. Fue un viaje que, para cada uno de ellos, acabó en la libertad en el púlpito, la liberación de su exégesis y el descubrimiento de su voz.

En un nivel práctico, todo predicador eficaz lo es, principalmente, porque ha encontrado su *voz*. Tanto si es consciente como si no, todo predicador frustrado busca esto. Obviamente, hay algunas cosas que solo pueden corregir el tiempo y la práctica. Los altibajos de la predicación regular forman parte del proceso. Pero todo predicador al que admiramos comparte una historia parecida, repetida de diversas maneras. Todos partieron de una misma frustración: “Tengo que encontrar mi estilo de predicación”. Si pretendemos hacer un favor a nuestra exégesis, tenemos que llegar a ese mismo punto. Tal y como son las cosas, existen dos retos sustanciales que se interponen entre nosotros y esta envidiable libertad que detectamos en sus sermones: la transparencia y el temor.

La transparencia: El púlpito sin envolturas

Mi inspiración para escribir se fundamenta en un supuesto: soy un pastor-maestro reformado de treinta y tantos años, que anhela predicar con una sinceridad que glorifique a Dios, y al menos debe haber otro predicador más en el mundo que comparta mi desesperación y se enfrente a los mismos desafíos que yo.

Ese hombre me inspira. Escribo especialmente para él. Él es mi camarada, el que sigue su camino pasando por los mismos ciclos que yo en su vida. Es ese pastor en las trincheras, que se conforma con saber que probablemente su fama nunca superará la inclusión de su nombre en el boletín dominical. El predicador al que pocos conocen y menos conocerán; es un trabajador arduo. Es el siervo que semana tras semana elabora un sermón “normal”. Es un expositor dedicado, que se angustia por los detalles del pasaje bíblico mucho antes de subir al púlpito. Está atrapado en algún punto entre el fundamentalismo de su padre y la última moda de “kit eclesial” que le entregaron en mano. A pesar de tener muchas otras responsabilidades en su lista de tareas, responde al toque semanal de la campana que le llama a elaborar un

sermón. Ha predicado con auténtica libertad unas cuantas veces en su vida, pero quiere hacerlo cada domingo. No tiene tiempo para reinventar su homilética, pero sabe que podría mejorar mucho. Me senté y escribí este libro para esa persona. ¿Por qué él? Porque soy yo. Él y yo, a pesar de que nunca nos hemos visto, compartimos una lucha común. Él es el destinatario de mi mensaje.

Este es el vínculo con la forma de predicar de los sermones. Cuando predico me motiva una perspectiva semejante. Ahí fuera tiene que haber como mínimo un pecador que pueda hacer suyo mi propio momento de claridad en este pasaje. Predico a personas como yo, que cada día combaten contra el pecado, y que un instante tras otro dependen de la gracia de Dios. Este axioma se cierne sobre la preparación de mi mensaje, y se manifiesta en la predicación. Estoy obligado por la gracia a comprender la Palabra de Dios y a transmitirla de tal manera que pueda traducirse y aplicarse en las vidas de aquellos a los que amo. Esto requiere transparencia.

“A los tuyos no les importará lo que *sabes* hasta que *sepan* que te importan”. He oído esta frase cientos de veces. Contiene una gran verdad. La sinceridad es indispensable. Pero el tipo de sinceridad que mejor transmite un mensaje va más allá. El pueblo de Dios no solo necesita saber que a usted le importa su bienestar; tiene que saber también que lo que usted cree le ha cambiado la vida. No estoy llamado solamente a explicar la verdad, sino a ejemplificarla (1 Ti. 4:12). Esto incluye el impacto semanal, diario, momento a momento, de la verdad que hay en mi vida. La eficacia de la predicación está unida a la propia búsqueda de Dios por parte del predicador. Los nuestros deben ver que estamos impresionados por las verdades que descubrimos. No subestime el poder de un “rostro desvelado” en el momento de predicar. Entre las cosas más esperanzadoras, poderosas y eficaces que puedo hacer por los míos se cuenta llevar al púlpito un corazón recién quebrantado.

Los disfraces del traje y la sintaxis

No hace mucho me invitaron a predicar fuera de mi estado. Expuse un sermón en el que usé mi propia vida como ejemplo de la lucha. Incluso siendo pastor, libro una batalla constante por ser coherente como líder espiritual de mi familia. Compartí con ellos un reto concreto al que me enfrenté en este sentido. Fue un momento bastante desenfadado de modestia. Una anécdota: En aquel momento

no le di mucha importancia (mi propia congregación no se sentiría impresionada), pero mi transparencia tuvo un tremendo impacto en la congregación que visité. De hecho, es posible que transmitiera el pasaje con mayor eficacia que cualquier otra cosa particular que les dijera.

Más tarde, cuando hablaba con uno de los ancianos, un miembro de la iglesia hizo la siguiente observación: “Cuando Byron nos dio ese ejemplo, me quedé pasmado. Entendí que él también es pecador, y que lucha contra el pecado como lo hago yo. Fue todo un alivio ver cómo obra la gracia en él. Me dio esperanza como padre y como esposo”. Refiriéndose a su propio pastor, siguió diciendo: “Creo que nuestro pastor lucha con el pecado. Pero puedo asegurarle que jamás en mi vida se lo he oído decir. A menudo me pregunto si es humano como lo soy yo”.

Aunque yo no pretendía que se hicieran comparaciones y admiro mucho a aquel pastor, agradecí que aquel miembro de la iglesia detectase mi transparencia, porque fue intencionada. Yo intentaba ser un ejemplo tangible de la gracia santificadora de Dios. Este tipo de claridad vulnerable logra convertir los *manuales* teológicos de las mentes de nuestros oyentes en *hinnarios* en sus corazones. No podemos estar distantes e intocables. No podemos esconder nuestra humanidad tras un traje o una sintaxis.

Muchos pastores dirían que este tipo de transparencia reduce la autoridad del púlpito y la confianza en nuestro ministerio que tienen los oyentes. En consecuencia, ocultan su humanidad. Consideran que parte de su responsabilidad es mantener sus puntos débiles lejos de la vista de otros. En mi humilde opinión, el resultado es una oratoria almidonada, no unos sermones transmitidos por instrumentos humanos. Si la predicación expositiva tiene mala fama, si se considera aburrida y carente de vida, es en parte debido a esta forma de entender las cosas. Este punto de vista tiene muchas cosas erróneas. Su mayor error es la distancia que inserta entre nuestro púlpito y la primera fila. Es la distancia que la mayoría de nosotros intenta cubrir cada semana cuando predicamos. Demasiado a menudo somos “científicos expositivos”. Aplicamos los métodos investigadores adecuados al pasaje, lo cual da como resultado unas conclusiones sólidas. Nuestra predicación manifiesta los resultados de nuestra investigación, pero raras veces explica por qué son importantes. “¡La siguiente diapositiva, por favor!”.

La predicación expositiva no tiene que ser mecánica y estéril para que la consideren legítima. Podría parecer que un método gramático histórico tendría que dar como resultado una presentación más dinámica. Después de todo, el expositor se pasa la mayor parte de la semana humillando su corazón bajo la intención del pasaje, que tiene autoridad. Es imposible prepararnos genuinamente para predicar y luego alejarnos de nuestro estudio sin haber cambiado. Si lo hacemos, no hemos empezado aún a prepararnos, y sin duda no estamos listos para predicar. Sea lo que fuere lo que la Palabra quiere efectuar en nosotros (quebrantamiento, pasión, convicción, santa indignación, contrición, claridad, gozo, exultación, esperanza, celo), debe plasmarse en nuestra predicación. Debemos exponer a nuestros oyentes el

Es imposible prepararnos genuinamente para predicar y luego alejarnos de nuestro estudio sin haber cambiado. Si lo hacemos, no hemos empezado aún a prepararnos, y sin duda no estamos listos para predicar.

efecto que ha tenido la Palabra en nuestro propio corazón. ¿Cómo no hacerlo? Es la consecuencia natural del enfoque expositivo.

Dado que somos llamados a buscar y ejemplificar la santidad, debemos insuflar discreción en nuestra transparencia y en lo que presentamos como ejemplos de

nuestras vidas. Pero esta apertura no da como resultado una falta de respeto por parte de nuestros oyentes. La consecuencia es directamente la opuesta: la confianza. La demostración de la gracia de Dios en nuestras vidas (la transparencia) aumenta nuestra autoridad. Insufla confianza en nuestro ministerio, no lo erosiona. Nos convierte en ejemplos de lo que el poder de Dios puede hacer en una vida humana. Aumenta la empatía de los nuestros hacia nosotros, como pastores, y nos otorga su atención cuando predicamos. Manifiesta el evangelio por medio de nuestra propia experiencia. Llevar una “envoltura de plástico” en el púlpito consigue que la cruz no salga del ámbito de lo teórico. Todo esto cambia cuando nos quitamos ese plástico.

La propia Biblia demuestra esta idea. Contiene una descripción refrescante y sincera de los siervos de Dios. Sus puntos débiles forman una parte evidente e importante de su trayectoria. En determinados lugares de la Biblia, la humanidad de tales personas es cruda, y no se hace ningún esfuerzo por ocultarla. Los siervos de Dios no son, ciertamente, esas estatuas de mármol en que los hemos convertido. Sus fallos encuentran un eco en sus exhortaciones. ¿O debemos pensar

que la exhortación de Pedro a seguir siendo fieles a Cristo (1 P. 4:12-14) no la hizo a la luz de su propio fracaso histórico?

¿O pensamos quizá que la explicación apasionada de Pablo de una justicia “que es de Dios” (Fil. 3:7-11) no tuvo nada que ver con su propia basura patética y farisaica? Pablo dijo de sí mismo y de su propio ministerio:

Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna. (1 Ti. 1:15-16)

Estar “por encima de toda crítica posible” no es lo mismo que estar por encima de los demás. La realidad es que estamos abajo con ellos, al pie de la cruz, aun cuando estemos en el púlpito. Esas personas preciosas deben constituir el blanco de nuestra exégesis, nuestra predicación y nuestro corazón.

Vida real, personas reales, absurdo real

Este análisis no se centra en la relevancia. La relevancia es una trampa en la que se ven forzados a caer los predicadores debido a las exigencias epidémicas de una enseñanza *con exceso de principios*. Desde mi punto de vista, enfatizar demasiado la capacidad que uno tiene de ser relevante da como resultado una esclavitud peculiar. Tal como señaló un notable erudito: “La relevancia es relativa... El predicador debe tener cuidado. Recibir felicitaciones y aplausos sobre la relevancia del mensaje y sobre cómo el Señor nos bendijo por medio del sermón o de la charla puede resultar muy seductor. La relevancia se puede evaluar fácilmente sobre un fundamento puramente pragmático”.¹² Si cedemos a la exigencia de la relevancia, acabaremos pareciendo más asesores personales que heraldos de la verdad divina. Pablo advirtió que hacer esto suponía “hacer vano” el evangelio (1 Co. 1:17).

Lo cierto es que la relevancia y las aplicaciones tipo “solo hay que añadir agua” las defienden los evangélicos como las virtudes más deseables que pueda tener un predicador. Los diversos clichés que

12. Graeme Goldsworthy, *Preaching the Whole Bible as Christian Scripture: The Application of Biblical Theology to Expository Preaching* (Grand Rapids: Eerdmans, 2000), p. 61.

pueden facilitar esta miopía están por doquier: “Deme solo lo que pueda usar”. “¿Qué aplicación tiene para mi vida?”. “Quiero una predicación que toque de pies en el suelo”. “Vida real, personas reales, cuestiones reales”. ¿En serio? A pesar de lo que podamos pensar, en estas afirmaciones no subyace ninguna virtud. Asumimos que representan un compromiso más noble con los asuntos espirituales. En realidad, este paradigma no podría ser más egocéntrico y contrario a la espiritualidad bíblica.

En cierta ocasión, después de predicar un sermón teológico sobre un atributo concreto de Dios, una matriarca bastante segura de sí misma se me acercó. Ya me vi venir lo que pasaría. Uno siempre sabe lo que se le avecina. Y *no* es bueno. “En ese sermón no ha habido nada que me tocara. No tiene aplicación para mi vida”.

Básicamente, esto significa “Usted no predica bien”. A su modo, ella intentaba ayudarme. Es lo que Warren Wiersbe llama “un dragón bien intencionado”. Lamentablemente, eligió un mal momento.

Mientras yo predicaba, me fijé en una mujer madura y elegante de nuestra congregación que se había quedado viuda recientemente. Su esposo falleció de un ataque cardíaco una noche, mientras se acostaba. Ella intentó reanimarle, pero no hubo nada que hacer. Era un buen hombre, y ella una buena esposa. Fueron una sola carne durante más de cincuenta años. En el transcurso del sermón, ella rompió a llorar. Mantuvo los ojos cerrados, con una sonrisa complacida en sus labios. Cuando mi “profesora de homilética autoproclamada” hubo acabado su crítica, llamé su atención sobre las mejillas húmedas de lágrimas de aquella preciosa mujer. Estaba inmóvil, absorta todavía en la grandeza de Dios. No hacía falta explicar nada. Pero, por supuesto, aún así se lo expliqué. Debido a nuestra obsesión con la “relevancia”, nuestra mentalidad contemporánea no tiene en cuenta el corazón que se sienta en el banco, a nuestro lado. Lo único que parece importarnos ya son los matrimonios felices, mejorar las relaciones sexuales y alcanzar la satisfacción personal. Es un narcisismo que adormece la mente.

Al predicador se le presiona mucho para que sea “relevante”, y eso le puede abrumar. Muchos acaban cediendo en la dirección incorrecta. Antes de que usted cambie su vestuario o ajuste la iluminación de su santuario, ofrezco esta alternativa, tanto para el predicador como para el miembro que no lo es: *la transparencia sincera*.

Como predicador, me pongo delante de pecadores salvados por la gracia por medio de la fe. Su estado pecaminoso es tan evidente para

ellos como el mío lo es para mí. Ellos se dan cuenta, como yo, de que necesitan remedios divinos, no sugerencias vacías. Juntos estamos frente a una Biblia abierta, sabiendo que la Palabra de Dios es viva y activa, y la única fuente de la Verdad. También confesamos al Espíritu Santo como único agente real del cambio. Antes de la invasión de la Gracia en nuestras vidas, nuestra propia sabiduría nos condujo al desespero. Nos pasábamos la vida inclinados ante el altar de la relevancia. Entonces un Dios de gracia nos abrió los ojos y salvó nuestras almas. Cuando lo hizo, abandonamos nuestra presunta sabiduría y nos arrepentimos de nuestra egolatría.

Por su propia naturaleza, la predicación conlleva ignorar la opinión de los hombres. Hemos sido llamados a hablar por Dios. Dejemos que sea Él quien hable, y que el hombre escuche. ¿Por qué no permitir que la Palabra de Dios me quebrante y me reconstruya, y luego transmitir ese mensaje transformador a las personas a quienes amo y que anhelan lo mismo? Eso es real. Eso parece relevante.

Predique la Palabra. Esta es la única alternativa para todas esas exigencias de relevancia y las tonterías resultantes, que en demasiadas iglesias pasan por ser predicación. No hay necesidad de todo ese “material”. He perdido la cuenta de los “nuevos” enfoques; son tantos que me pierdo. ¿Por qué no predicar con transparencia? ¿Por qué no entender el pasaje y permitir que le transforme? Lleve esa carga al púlpito, y permita que transforme a otros. Cuanto más lo entienda, más transformará a todos. Este objetivo sencillo trasciende estilos, métodos de exposición, personalidad, educación, etc. Aquí hay libertad, la libertad de las expectativas, de las limitaciones de nuestros dones; la libertad para predicar con autoridad y con pasión. La libertad del miedo a los hombres.

La ausencia de temor: Ciegos para ser instrumentos

El miedo a los hombres es brutal. Es ese nudo en la garganta cuando uno se entera de que alguien se marcha de su iglesia, o cuando un miembro organiza una reunión con una de esas infames agendas de un solo punto: “Es que tengo que comentarle algunas inquietudes”. En ocasiones, el miedo paraliza. El pecado, también. Tanto si es consciente de ello como si no, el miedo a los hombres es también el reto más grande en el acto de la predicación. Es una fuerza a tener en cuenta. Si queremos predicar de verdad alguna vez, tendremos que enfrentarnos a ella cara a cara.

Los predicadores somos una raza insegura. ¿Quién más va por ahí buscando cumplidos tan a menudo como lo hacemos nosotros? Con demasiada frecuencia nuestra felicidad está vinculada a los rostros de personas inconstantes. Es posible pasarse la mayor parte del ministerio predicando para obtener la aprobación de algún grupo invisible, o vivir a la sombra de las comparaciones fantasiosas. Todo esto, como mucho, agrada a los hombres. Nuestra confianza como comunicadores bíblicos prospera cuando nos vemos libres de esa carga. Un predicador tenía razón cuando dijo: "...cuando usted se libera de las sonrisas y de los ceños fruncidos de su gente, tiene libertad para ser un instrumento de bendición para ellos. Pienso que si queremos ver un aumento de poder en el púlpito, debemos regresar a la pureza de la motivación fundamentada en el temor de Dios".¹³

Hay muchas opiniones respetables a las que podríamos atender. Hay ese grupo de personas que juzgan nuestra predicación en función de su vínculo inmediato con sus vidas. Luego tenemos a ese otro grupo que lleva en la mano diccionarios y textos en griego, que pretende ayudarnos con nuestra gramática. Y luego están quienes nos dicen lo bien que lo hemos hecho cada domingo, tanto si es cierto como si no.

Lo que debe motivarnos por encima de todo lo demás es el amor por Dios y por la misión que Él nos ha concedido. Esto debe influir sobre cualquier otra consideración, incluyendo cualquier interés por nuestras limitaciones o nuestra incapacidad. Debemos declarar lo que ha dicho Dios, sin tener en cuenta qué grupo de personas tenemos delante. Irónicamente, para poder hacer esto, debemos predicar con una santa indiferencia hacia sus opiniones. Es un amor valiente. Vemos a David enfrentado al gigante. Luego tenemos al profeta Natán que se enfrentó al matador del gigante. ¿Qué exigía más valor?

No podemos pasarnos la vida preocupándonos por lo que piensen otros de nosotros o de nuestras habilidades. Debemos estar ciegos a todos los hombres, sobre todo a nosotros mismos. La persona a quien es más importante ignorar es usted mismo; un grado pernicioso de inseguridad puede intimidar más que una congregación llena de críticos.

No tome mi amonestación como una licencia para rebelarse. Debemos seguir siendo humildes, recibiendo con gracia incluso la crítica más dura. Algunos predicadores arrogantes se sitúan por encima de

13. A. N. Martin, *What's Wrong with Preaching Today?* (Carlisle, PA: Banner of Truth, 1967), pp. 17-18.

los consejos de los demás para justificar una hermenéutica deficiente o una preparación insuficiente. Esto no es más que inseguridad necia. Siempre hay oportunidad de mejorar. Pero padecerá una muerte larga y agónica tras el púlpito y en el ministerio si pretende satisfacer los deseos de otros o intenta emular el estilo de otra persona.

Hacer esto es contrario al propio acto de predicar. Cuando Pablo exhortó a Timoteo no le dijo: “te encargo en presencia de tu congregación”. Tampoco le dijo: “te encargo en presencia de tus profesores de seminario”. No, le ruega y le encarga su misión “en presencia de Dios y de Cristo Jesús, que juzgará a los vivos y a los muertos”. Dada la cantidad de veces que mencionamos este pasaje, podríamos pensar que nos tomaríamos el mandato en serio. En determinado momento hemos de dejar a un lado las opiniones de los hombres, y predicar lo que sabemos con los dones que tenemos en la presencia de Dios. Si no, lo único que tendremos será una idolatría más respetable.

Los predicadores que temen a los hombres están más preocupados por lo que piensan las personas de su predicación que por lo que piensa Dios sobre ella. Les inquieta más no estar a la altura de las expectativas humanas por su predicación que defraudar las del Espíritu Santo.¹⁴

Es difícil predicar si nos apretamos el cuello con las manos

Durante años, mi predicación me resultaba incómoda. Era como tener cuarenta años e intentar ponerme un traje que me iba bien cuando tenía veinte. Con el paso de los años, sin darme cuenta, mi cuerpo ya no entraba en aquel traje. Llegar a la mayoría de edad en el ministerio es normal; le pasa a todo el mundo. Yo había cambiado como predicador y como pastor. Lo que una vez me sentaba bien, ahora me apretaba. Cuando miro al pasado, lo veo claramente. Yo era una caricatura de lo que me habían dicho que debía ser un predicador. Era fiel al texto bíblico, pero no era libre para predicar. Era como la frustración que uno siente cuando predica usando a un intérprete, y la profundidad de la pasión se pierde en la traducción. Es antinatural y complicado.

Debido a mi trasfondo fundamentalista, mi postura siempre le estaba pegando fuego a algún hombre de paja. Demasiado a menudo yo era el “profeta furioso”. Pero eso no era coherente con quién era

14. Greg Heilser, *Spirit Led Preaching: The Holy Spirit's Role in Sermon Preparation and Delivery* (Nashville: B&H, 2007), p. 148.

yo cuando no estaba en el púlpito. En términos generales, soy una persona sociable, y en el fondo soy un pastor. Me gusta relacionarme con la congregación a todo tipo de niveles. La iglesia es mi vida, y las personas con las que me encuentro cada domingo son mis amigos más queridos. Nuestra relación es un gran don de Dios. Pero existía una desvinculación entre mi experiencia “tocando el suelo” y la que tenía en el púlpito. ¡No me malentienda! Hay un momento y un lugar en que conviene hacer advertencias. Esto forma parte esencial de la defensa de la verdad, y de la protección de la grey. La exposición consecutiva lleva a este tipo de mensajes y de énfasis. No cabe duda de que puedo hacer eso. Pero no todo pasaje tiene ese tono ni ese énfasis. Dependiendo del pasaje, a un predicador se le puede exigir que lllore, se alegre, se ría o se arrepienta. Es la naturaleza de la exposición. Pero yo, por otro lado, me dedicaba solo a las advertencias.

Llegar a mi “mayoría de edad” fue una experiencia muy frustrante, pero llegué a comprender el problema. Intentaba ser alguien diferente. Más concretamente, pretendía complacer a alguien más. Si algún día quería predicar de verdad, tenía que sentirme cómodo en mi propia piel. Cuando lo hice, me desprendí de todo mi equipaje. Cuando sucedió esto, mis hermanos en la fe se dieron cuenta. Mi esposa, también, y yo mismo. Fue una liberación. Hubo un predicador que captó con precisión la esencia de esta transformación.

El aspecto más importante del estilo de un predicador es la autenticidad. Cuando empecé a predicar, pensaba que mi “estilo” debía encajar en una categoría determinada. Como resultado de ello, imitaba a mis predicadores favoritos. No paraba de reinventarme. En última instancia, tenía que encontrar mi propio “estilo” y mantenerlo. Eso suponía que había una cosa menos que tuviera que fabricar. Tenía que darme cuenta de que Dios me había dado una personalidad única, y que pretendía usarla de maneras únicas.¹⁵

Ahora sé exactamente lo que quiere decir. Para entenderlo por mí mismo necesité recorrer un camino largo y arduo.

Algunas experiencias concretas me condujeron a mi propia libertad. La experiencia nos enseña de una manera que la teoría no puede

15. Voddie Baucham, “Ten Questions for Expositors”, Unashamed Workman, <http://www.unashamedworkman.wordpress.com/2007/04/18/10-questions-for-expositors-voddie-baucham> (consultada en febrero de 2009).

hacerlo. La más dramática llegó cuando me invitaron a predicar durante un culto en mi *alma mater*. Un tremendo privilegio. Como es natural, quería hacer un buen trabajo para mis profesores. Cuando paseé la mirada por la capilla, los hombres sentados en las tres primeras filas eran de los más inteligentes de todo el planeta. Los que ocupaban las quince filas restantes pensaban que lo eran. ¡Era una tarea *ligera-mente* sobrecogedora! ¿Y el resultado? Resumiendo, fue un desastre. Digamos sencillamente que resulta difícil predicar cuando uno se agarra el cuello con las manos. Cuando me puse en pie, lo único que vi fueron notas y evaluaciones que me miraban. La presión era tan palpable que perdí toda la confianza en el mensaje y en mis dones. Me ahogué allí mismo, justo delante de todo el mundo.

¿Conoce ese momento en que se da cuenta de que la agonía que ve en los rostros de sus oyentes se debe a que ellos ven la agonía en el suyo propio? Eso es lo que vi. No recuerdo todo lo que dije, pero sí recuerdo una revelación que hice. En aquel momento me asaltó la verdad: durante todos aquellos años había estado predicando para la opinión de los hombres. Fue una revelación. Fue doloroso; me sentí perdido. No tenía ni idea de quién se suponía que era yo como predicador. Me refugié en mi niño interior durante unos tres meses.

No se puede predicar lo que uno no sabe

Se han escrito libros enteros sobre el bloqueo del escritor. ¡Qué ironía! Cuando más probable parece que un escritor sea víctima del bloqueo del escritor es cuando intenta hablar con elocuencia sobre este mismo problema. ¿Quién mantiene la inspiración el tiempo suficiente como para acabar un libro sobre ese tema? El bloqueo del escritor es ese fenómeno legendario que asfixia el flujo creativo. Como no encuentra inspiración, la escritura se detiene. Es esa imagen ubicua del hombre que se da cabezazos contra un teclado de ordenador, en busca de la siguiente idea o palabra. Casi todos los autores, aspirantes o veteranos, lo han padecido en algún momento. O eso pensaba yo. Conocí a un escritor famoso que me aseguró que nunca había tenido este problema. Ni una sola vez. Me sorprendió. A la luz de los numerosos escritores con talento que admiten haberlo tenido, su afirmación parecía arrogante. Eso fue hasta que escuché su explicación, claro. Su razonamiento cambió mi opinión, e iluminó mi punto de vista sobre la escritura y también sobre la predicación. Además, me ayudó a comprender qué me sucedió en la capilla aquel día tan aciago.

Según ese escritor, el secreto consiste en saber qué *no* escribir. El bloqueo del escritor no es una falta de ideas, sino de percepción: la percepción de quiénes somos, incluyendo los dones y las limitaciones. En realidad, el bloqueo del escritor consiste en escribir por encima de su capacidad, no en quedarse sin ideas. Si usted excede sus límites, tendrá que esforzarse por saber qué decir. Como me dijo aquel escritor, quienes padecen el bloqueo del escritor son bateadores de segunda que intentan conseguir “home runs”. Abarcan más de lo que pueden. Por eso la comunidad literaria se refiere al bloqueo del escritor como “un fracaso del ego”. Aplicado a los predicadores, lo llamamos orgullo.

El bloqueo del escritor se produce más o menos en el momento en que la ambición supera a la capacidad. Uno tiene que conocerse a sí mismo antes de saber qué escribir. Si usted sabe quién es, sabrá qué escribir y qué no. Va en contra de lo que nos dice la intuición, pero entender sus límites no obstaculiza su eficacia: la libera. Cuando se siente cómodo en su propia piel, aumenta la confianza en su capacidad.

Esto podemos aplicarlo a la predicación, sobre todo a la hora de dar el mensaje. Conocer sus limitaciones es el punto de partida. Un hombre tiene que encontrar su propia voz (y a sí mismo) antes de predicar

...la comunidad literaria se refiere al bloqueo del escritor como “un fracaso del ego”. Aplicado a los predicadores, lo llamamos orgullo.

con una libertad de convicción, ciego a las opiniones de los hombres. No puede aspirar a ser una versión del predicador a quien más admira. Soy consciente de que esto parece una contradicción en un libro que defiende los elementos estilísticos de diversos expositores, pero sígame la corriente. Para predicar con

autenticidad, un predicador debe utilizar y confiar en la convergencia de la claridad bíblica, la confianza en los dones que Dios le ha dado y ese catálogo de experiencias personales en su vida. Usted es quien es. Debe aceptar lo que Dios le ha dado y sentirse cómodo con ello. Sinclair Ferguson llama a esto la voz del predicador, “nuestra forma de abordar la predicación que la convierte genuinamente en ‘nuestra’ predicación, y no en la imitación servil de otra persona”.¹⁶ Luego realizó la siguiente exhortación:

16. Sinclair Ferguson, “Finding Your Own Voice”, Unashamed Workman, <http://www.unashamedworkman.wordpress.com/2007/09/18/finding-your-own-voice> (consultada en febrero de 2009).

No debemos convertirnos en dones. Algunos hombres no llegan nunca a crecer como predicadores porque el “traje de predicador” que han tomado prestado no les sienta bien a ellos o a sus dones. En lugar de convertirnos en el paladín de la exposición, de la predicación histórica de la redención, en la exposición teocéntrica o de cualquier otro campo que domine nuestro héroe, podemos acabar enredados, poniendo en peligro nuestros dones únicos al intentar usar el paradigma de otros, su estilo o su personalidad, como un molde en el que luego encajarnos. Nos convertimos en menos de lo que somos de verdad en Cristo. La combinación de nuestra personalidad con la forma de predicar de otro puede conseguir que seamos aburridos y que nuestro mensaje carezca de vida. Por tanto, vale la pena invertir tiempo constantemente para evaluar quiénes y qué somos realmente como predicadores, en lo tocante a nuestros puntos fuertes y débiles.¹⁷

Mientras hablaba de este tema con un colega, surgió en la conversación el nombre de Chuck Swindoll. Se cuenta que el descubrimiento de su propia voz de predicador fue un momento trascendental en el ministerio de Swindoll. Si un hombre que tiene una eficacia tan evidente como comunicador bíblico atribuyó un valor tan alto a esa epifanía, valía la pena prestar atención. Así que le pedí que me lo explicase mejor. Esto fue lo que me dijo:

Quiero decir que llegué a ver, con bastante plenitud, mi propio “estilo” único, y que me alivió permitir que se desarrollase de una forma natural, auténtica. En otras palabras, dejé de intentar “ser”, “sonar” o “parecer” otro predicador. Cuando un hombre acepta esto, se ve totalmente liberado, exento del poder de las expectativas y/o las comparaciones de otros. Cada portavoz de Dios se ve elevado, transformado y usado por Aquel que nos llamó al ministerio. El hecho de ser quien soy, sin añadidos ni hipocresía, me dota de libertad para predicar.¹⁸

Otro predicador al que entrevisté describió la voz de predicador como la amplificación de la personalidad del predicador cuando expone la verdad. Dado lo dicho hasta ahora, esta descripción tiene sentido de inmediato. El “estilo” de un predicador debería incluir la magnificación de quién es él como persona. La famosa descripción de

17. Ferguson, “Finding You Own Voice”.

18. Chuck Swindoll, carta al autor, 28 de mayo de 2009.

Phillips Brooks sobre la predicación encaja bien en este punto: “la verdad mediada por la personalidad”. Si un predicador intenta ser alguien o algo que no es, su predicación será fraudulenta, y manifestará falta de integridad. Matt Chandler, pastor de la Village Church, llegó hasta el punto de llamarla pecado.

Es un pecado que usted sea alguien que no es. Hay que tener un corazón malvado e ingrato para decir “Quiero que ese sea mi papel” o “Quiero que mi papel sea este” o “Quiero que mi manto sea este”, o “Quiero que mis seguidores sean esos”. El corazón malvado no corre la carrera que le ha sido señalada, ni está cómodo con lo que Dios le ha llamado a hacer. Tampoco está cómodo con el modo en que Dios le ha hecho.¹⁹

La “voz” de un pastor involucra a toda la persona, no solo su voz literal. Incluye sus convicciones profundas, y la disposición general de su alma. Si usted predica las convicciones de otros, las suyas propias se verán frustradas. Si pretende imitar el estilo de otro, nunca encontrará el suyo propio. Como usted es su pastor, su congregación depende no solo de la claridad de su exposición, sino también de la pasión que manifieste por las verdades que expone. Cuanto mayor sea su libertad para expresarlas por medio de su predicación, mayor será el impacto.

De forma intuitiva, los predicadores experimentados saben que aquello que los oyentes consideran autenticidad tiene mucho que ver con la expresión de su persona pastoral, así como con aquello que dicen. La mayoría de miembros de la iglesia llegan a tomar las pasiones, convicciones, intereses, preguntas, sensibilidades y afirmaciones de su pastor como perspectivas familiares que reflejan la identidad de la persona, como un hombre de fe. Con el paso del tiempo, lo que consiguen transmitir las mejores predicaciones es la autenticidad del predicador.²⁰

Su gente sabe cuándo les habla usted mismo. Saben cuándo no hace más que decir algo y cuándo tiene algo que decir. Sus oyentes

19. Matt Chandler, “Hebrews 11”, Southern Theological Seminary, <http://www.sbts.edu/resources/chapel/chapel-fall-2009/hebrews-11> (consultada el 18 de febrero de 2010).

20. Robert Stephen Reid, *The Four Voices of Preaching: Connecting Purpose and Identity Behind the Pulpit* (Grand Rapids: Brazos Press, 2006), pp. 16-17.

se sienten animados cuando perciben el impacto de la verdad sobre la vida de su pastor. Primero tiene que afectarle a usted. Como un sonido que viaja por un espacio determinado, el sermón es el impacto de la verdad en la vida del predicador que se abre camino por el espacio de una semana. Cuando llega a los oídos y a los corazones de las personas el domingo, es poderoso.

Los predicadores que alcanzan este tipo de libertad descubren una energía nueva. No solo en su predicación, sino también en su amor por el ministerio. Produce un entusiasmo renovado por su llamado y un optimismo contagioso en los corazones de los suyos.

Fundamentalmente, un hombre debe *estudiar, prepararse y predicar* sin tener en cuenta, de forma santa, las preferencias de los hombres. De nuevo digo que no pretendo alentar una rebelión infantil contra las normas. Lo que quiero fomentar es una convicción esencial; cuando hablamos de estilos de presentación, no hay normas.

La presentación es tan variada como las personalidades que predicán. Esta afirmación debería ponernos un poco nerviosos. Por tanto, déjeme añadir el corolario que, seguramente, ya le ha pasado por la mente. Hay elementos que deben estar en su lugar si queremos que una predicación pueda considerarse *bíblica*: un método interpretativo correcto, una explicación precisa del pasaje y una aplicación adecuada. Esto es así sin excepciones. La combinación de estos elementos produce un tono parecido en cada sermón genuinamente expositivo. Pero esto no quiere decir que cada sermón o predicador expositivo suene igual. Si lo hacen, hay algo que anda mal.

Dónde empezar: La respuesta a una pregunta importante

Hay una serie de expositores notables a los que admiro. Durante el curso de este proyecto, he tenido el privilegio de conocer a muchos de ellos y dialogar con ellos. Les escucho predicar regularmente. Una parte de mi investigación consistió en escuchar incontables sermones de prácticamente todos los predicadores imaginables. Cuando ya había escuchado cientos de ellos, me di cuenta de una cosa. Aquellos que más me gustaban y cuyos mensajes tenían un mayor impacto en mi vida tenían estilos muy divergentes. Ninguno de ellos era idéntico desde el punto de vista estilístico. Aunque todos pertenecían al mismo campo teológico básico (evangélicos conservadores), y su énfasis era expositivo, todas las exposiciones eran tremendamente diferentes. A pesar de su diversidad, me fascinaban esos hombres, ¿Por qué? El

motivo era la integridad con la que se comunicaban. Sus puntos de vista, sus énfasis, eran el producto de quiénes eran como cristianos y pastores individuales. Sus elementos estilísticos eran secundarios, comparados con el poder de su sinceridad. Todos tenían una característica estilística central: una voz.

Cuando usted escucha un sermón, se da cuenta de si el sermón es la descarga de un peso o la transmisión urgente de una verdad. No se trata solo de que usted crea lo que dice el predicador, sino también de cuánto cree usted que él quiere que crea lo que le dice. O quizá sea el hecho de que al predicador no le importa si usted acepta lo que tiene que decir; tiene que decirlo, y punto. Es el tipo de exposición que no le permite ni mirar el reloj. Cuando acaba, usted conoce el pasaje. Cuando termina, usted desearía escuchar más. Todo se amalgama en una combinación envidiable y liberada de veracidad, transparencia, exégesis, perspicacia, convicción, pasión y amor. Es más que un discurso bien construido. Lo que acaba de escuchar es una verdad bíblica que fluye con celeridad por el corazón y el alma de una persona.

La pregunta es: ¿cómo conseguimos llegar a ese punto en nuestra predicación? ¿Cómo logramos empujarla para que ascienda y supere esa colina? ¿Dónde empezamos? Recomiendo partir de una pregunta esencial. Es una pregunta que planteé a todos esos predicadores que tanto admiramos. Fue la primera pregunta (y, en ocasiones, la única) que formulé a todos mis entrevistados. Luego resultó que los predicadores que son más naturales tras el púlpito tenían una respuesta concisa e inmediata. Los otros, no. Llegar a esta respuesta es el primer paso, y seguramente el último, para determinar quién es usted como predicador. Por tanto, aquí va:

Cuando usted sube al púlpito, ¿qué pretende hacer?

Sé que la respuesta parece sencilla, pero no lo es. Seguramente estará pensando: “¡Predicar la Palabra!”. Por supuesto, “¡Predicar la Palabra!”. Pero no estaría leyendo este libro si no quisiera mejorar alguna cosa. Lo más probable es que su problema no esté en la exégesis. Seguramente lo que quiere decir en realidad es “¡Explicar la Palabra!”. Esta no es exactamente la respuesta que busca esa pregunta. La pregunta va dirigida a una presentación auténtica, no a una mera exégesis precisa. Permítame que aparte de la mesa unas cuantas respuestas evidentes.

Respuesta: Explicar con precisión la verdad al pueblo de Dios.

Réplica: Ya sabemos que quiere presentar la verdad con precisión por medio de su explicación. Esto es evidente gracias a su exposición consecutiva. Pero esta no es la cuestión.

Respuesta: Defender la verdad.

Réplica: Sin duda, esto forma parte de su papel como predicador. Pero no es una definición exhaustiva de la predicación. Esa no es la pregunta.

Las respuestas anteriores representan axiomas teológicos que subyacen en nuestra predicación. Si tiene usted la tendencia a responder de formas parecidas, es probable que no entienda bien la pregunta. Por tanto, déjeme que se la clarifique.

Creemos que la Biblia tiene un origen divino. Como creemos esto, por consiguiente creemos también que la Biblia es cierta, literal, infalible y sin errores. También creemos que debe explicarse con precisión. Además, creemos que solo el poder del Espíritu puede traducirla y transformar vidas gracias a ella. Aparte, creemos firmemente que nuestra responsabilidad es exponerla sin distorsiones. Lo que pregunto asume todo esto, pero lo trasciende.

Volvamos a plantearnos la pregunta. Sabiendo y creyendo todo esto, cuando usted predica, ¿cuál es su objetivo central? “Cuando predico, mi objetivo primario es _____”. Esta es una pregunta mucho más derivada del contexto y penetrante desde el punto de vista personal de lo que usted se da cuenta. Puede generar toda una gama de preguntas adicionales, como:

¿Qué pretende conseguir mediante la precisión de su exégesis, la claridad de su explicación y el uso de sus dones?

¿Qué efecto quiere conseguir con la presentación de la Verdad?

¿Qué pretende alcanzar mediante la exposición de la Palabra?

Para usted, ¿qué constituye una presentación exitosa y auténtica de la Palabra de Dios?

La respuesta se relaciona con los fundamentos teológicos y las capacidades y convicciones personales que Dios le ha dado. La respuesta a mi pregunta original (cuando predica, ¿cuál es su objetivo central?) llega hasta la esencia de quién es usted como predicador. Si la responde sinceramente, descubrirá una de dos cosas. Primero, puede que descubra que su estilo actual y su forma de presentar el mensaje no encajan con su corazón y con quién es usted como pastor. Existe una desvinculación extraña. O quizá descubra que existe una mayor armonización entre convicción y estilo de lo que usted pensaba anteriormente.

Lo que descubrí al plantear esta pregunta a algunos predicadores experimentados fue la correspondencia que existía entre sus respuestas y quiénes eran ellos como individuos. Sus respuestas fueron representaciones fieles de quiénes eran como predicadores, y les reflejaban estilísticamente de una forma correcta. Veamos una muestra:

John Piper: “Exultación expositiva”.²¹

John MacArthur: “Lo único que he querido siempre es ser claro”.²²

Chuck Swindoll: “El objetivo primordial en todo momento es dar la gloria a Dios... sobre todo en lo tocante a la predicación, es el de ayudar a otros a darse cuenta de la importancia que tiene la Palabra de Dios. No soy yo quien la dota de relevancia... mi labor consiste en ayudar a otros a ver que la tiene”.²³

Allister Begg: “Cuando uno se pone ante el púlpito, su objetivo principal es proclamar a Cristo con claridad, convicción y compasión”.²⁴

C. J. Mahaney: “Cuando prepara sus sermones, asegúrese de que en determinado momento ofrece a su iglesia una visión clara del Calvario. Nunca pierda de vista ese punto de referencia”.²⁵

Independientemente de que prefiera sus estilos particulares o no, sus respuestas representan con precisión el impacto de su predicación. En otras palabras, su predicación es auténtica. Saben quiénes son, y qué dones les ha concedido Dios. Dios emplea esa autenticidad para realizar su obra en los corazones de su pueblo. Lo que atrae a las personas y ofrece a la Palabra de Dios una plataforma para su ministerio es la coherencia entre sus personalidades y su predicación.

Quizá nos sintamos tentados a escuchar a esos predicadores e imitar su estilo. Es un gran error. Lo que usted escucha, aquello que le atrae, es la liberación de su voz. Usted tiene que encontrar la suya propia. Esto no lo conseguirá observando a otros ejercer la propia. Tiene que encontrar la respuesta por usted mismo. Eso requiere valor.

Por tanto, ahora le toca a usted responder a la pregunta.

21. John Piper, “What I Mean by Preaching”, Desiring God Ministries, http://www.desiringgod.org/Blog/1792_What_I_Mean-by-Preaching (consultada en febrero de 2009).

22. John MacArthur, entrevista del autor, Nashville, TN, 6 de febrero de 2009.

23. Chuck Swindoll, correo electrónico al autor.

24. Allister Begg, correo electrónico al autor, 12 de mayo de 2009.

25. C. J. Mahaney, correo electrónico al autor, 4 de agosto de 2009.